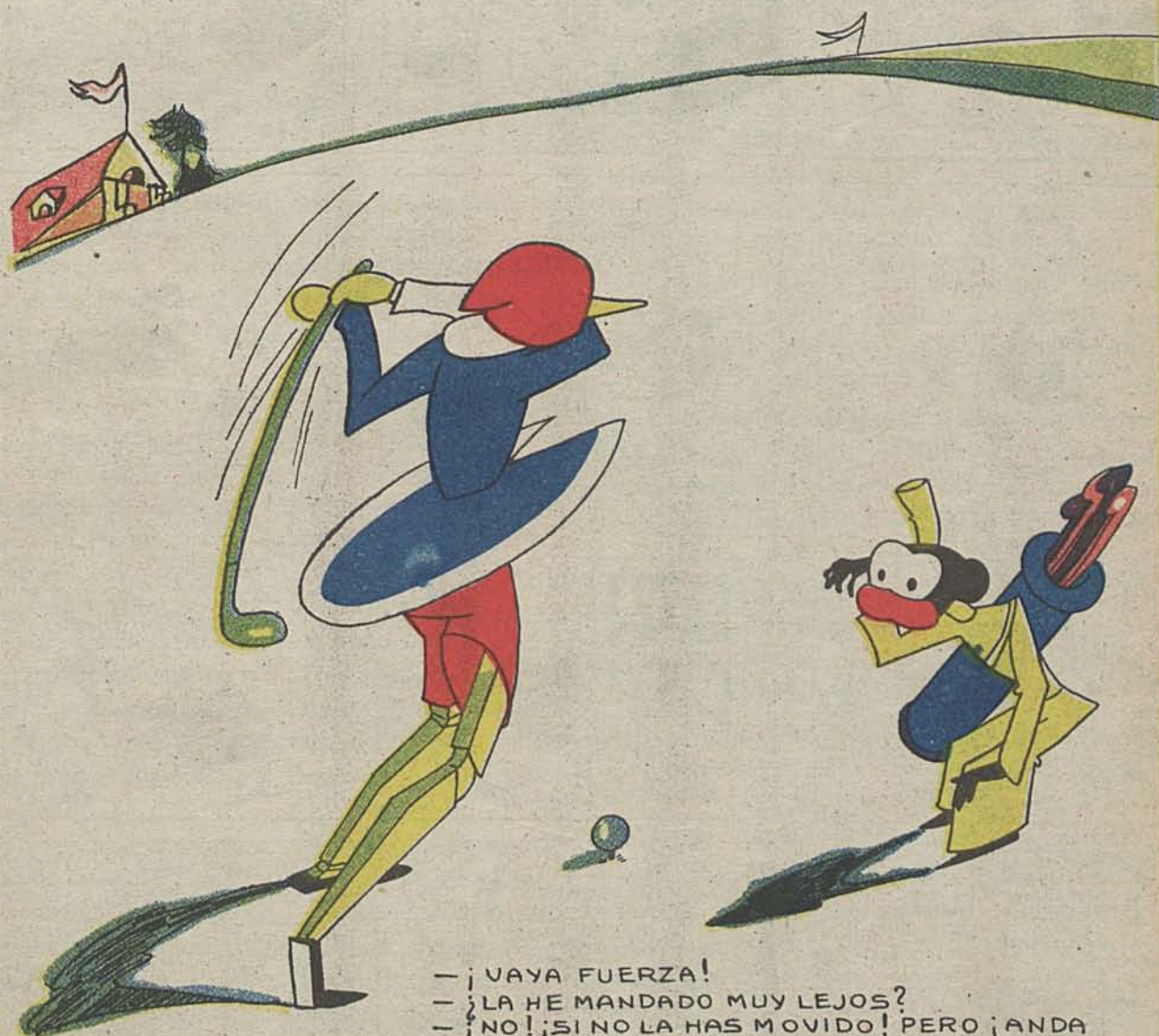


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 301

25 cts

23 NOVIEMBRE
1930.



— ¡VAYA FUERZA!
— ¿LA HE MANDADO MUY LEJOS?
— ¡NO! ¡SI NO LA HAS MOVIDO! PERO ¡ANDA
QUE SI LA DAS.....!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO. 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





las detonaciones con los gritos de guerra de los *chayennes*.

CAPÍTULO X

La mina de Mogallón

Los *pieles rojas* estaban decididos a hacer una buena cosecha de cabelleras humanas y a desahogar contra aquellos desgraciados la inextinguible sed de rabia que sentían contra la raza conquistadora que les privaba de sus territorios de caza.

Eran más de doscientos, y corrían como demonios, agitando sus brillantes escudos adornados de cabelleras humanas, sus terribles *tomahawah* y sus lanzas y carabinas, entre espantosos ladridos.

No tenían la imponente estatura de los *corvis* y los *sioux*, aunque eran bien proporcionados, con amplio pecho y brazos musculosos.

Su rostro no tenía nada de feroz, salvo la mirada de sus ojos, que delataba un odio despiadado.

Llevaban los largos cabellos sujetos sobre la frente con sargas de cuentas de vidrio y plumas de halcón; el pecho, desnudo y cubierto de tatuajes; las piernas, cubiertas con calzones de tela verde y azul, adornados en la cintura con cabelleras, y ostentando bordados de algodón y recamados brillantes hechos por las mujeres de la tribu.

(Continuación)

En aquel momento sonaron las primeras descargas, mezclándose

Los que mas impresionaban eran los jefes, por su extravagante tocado, consistente en gigantescos adornos de plumas de pavos salvajes, que partía de la cabeza y les descendía por los hombros y espaldas hasta llegar a las mismas grupas del caballo.

Aquellos curiosos trofeos producían un efecto extraño, no sólo por sus dimensiones, sino por los colores vivos que ostentaban.

Al grito lanzado por John, los dos cazadores, los *squatters*, las mujeres, y hasta los niños que podían sostener en sus manos un arma de fuego, habían comenzado a disparar, con la esperanza de evitar aquella furiosa carga que se les venía encima.

Aquellos rifles, disparados al mismo tiempo que las pistolas, no debieron de producir un efecto muy agradable en los asaltantes.

Dos jinetes indios cayeron al suelo, así como los caballos, y los demás animales, espantados por el ruido de los disparos, se echaron hacia atrás apenas llegados a unos doscientos metros de los furgones, y no obstante los esfuerzos de los jinetes.

—¡Sosteneos firme!—gritó John, que peleaba a la cabeza de los voluntarios de la estación—. ¡Tratemos de diezmarlos antes que puedan hacer uso del *tomahawah*!

Al llegar a doscientos metros de los furgones, los caballos de los indios dieron una vuelta, como hemos dicho, y retrocedieron ante el fuego graneado que los del campamento hacían.

Esta momentánea retirada la aprovechó John para que los carros se pusieran nuevamente en marcha, la cual no pudo durar mucho tiempo.

El fuego avanzaba cada vez más rápidamente, lanzando ya sobre los furgones encendidas chispas, y los *pieles rojas*, algo repuestos, disparaban de nuevo.

—¡Triste jornada!—exclamó el *Indian-agent*—
¡Valía más que esta gente hubiera permanecido
en la estación! ¡Este combate acabará en una
espantosa carnicería!

La lucha se había entablado nuevamente con
gran furia por ambas partes.

Viéndose perdidos, los *squatters* no tenían
más que una sola idea: matar todos los indios
que pudieran antes de caer ellos.

John, Harris, Jorge y el *gambusino*, aunque
éste de bastante mala gana, hacían desespera-
das descargas a la cabeza del pequeño grupo
de defensores.

Sus esfuerzos eran vanos, sin embargo.

Los terribles *pieles rojas*, enardecidos cada
vez más por el ataque, empezaron a hacer uso
del *tomahawah*, que lanzaban con una destreza
increíble a la cabeza del enemigo.

Bien pronto el último furgón, que comenzaba
ya a ser envuelto por el humo, fué asaltado por
los indios, y entonces empezaron los horrendos
asesinatos.

Los *squatters* que le defendían, cinco o seis
en total, fueron muertos a tiros y lanzadas; las
mujeres, sujetas, a pesar de su resistencia, arro-
jadas sobre los caballos, y alejadas de allí para
ser esclavas de los indios; y los niños, lanzados
al aire, recibidos luego en la punta de las lanzas,
y arrojados por último contra los muelles de los
coches, donde se rompían el cráneo.

Nadie había podido acudir en socorro de
aquellos desgraciados, pues cada cual tenía
bastante con atender a su propia defensa.

John y sus compañeros atendían en la van-
guardia a contener a un numeroso grupo de
pieles rojas que especialmente dirigía contra
ellos sus ataques.

Un momento después cayó otro furgón en
poder de los indios. Los defensores fueron
muertos y arrancada su cabellera, como lo
habían sido las de sus compañeros, robadas las
mujeres y pasados a cuchillo los niños: eran ya
los indios dueños del campo, y cargaban por
todas partes, incendiando los toldos de los
carros y sembrando la muerte en sus defensores.

Había llegado el momento inexorable del
¡Sálvese el que pueda!

—¡Huid!—gritó John—. ¡Que cada uno piense
en su propia salvación!

Y dió a correr, hincando las espuelas en su
caballo hasta rajar sus ijares.

Minnehaha, estrechada contra su padre, se
encogía con raro acierto cada vez que cual-
quiera bala o cualquier *tomahawah* amenazaba
herirla.

John imaginaba que le seguían, si no todos,
al menos algunos de los *squatters* y de los vo-
luntarios; pero se engañó.

Los indios cerraron sus líneas como una masa
imponente, y con rapidez fulmínea rodearon los
furgones, impidiendo así a los desgraciados que
estaban dentro de aquel círculo de muerte des-
parramarse huyendo por la pradera.

Entonces empezó un combate feroz y espan-
toso, sin cuartel por una parte ni por otra.

Los *squatters*, atrincherados en los carros,
oponían una desesperada e inútil resistencia, y
eran fusilados casi a quemarropa por los *pieles
rojas*.

Algunos, guiados por el sargento y varios
voluntarios, intentaron forzar la línea para bus-
car la salvación en la pradera; pero sus caballos,
faltos de fuerza, no pudieron avanzar, y uno
tras otro fueron cayendo aquellos desgraciados
hombres, a quienes los feroces indios remata-
ban con el *tomahawah* y les arrancaban en se-
guida la cabellera.

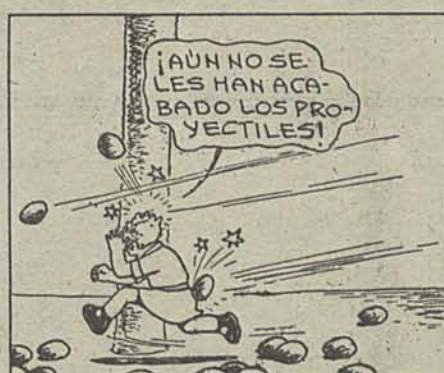
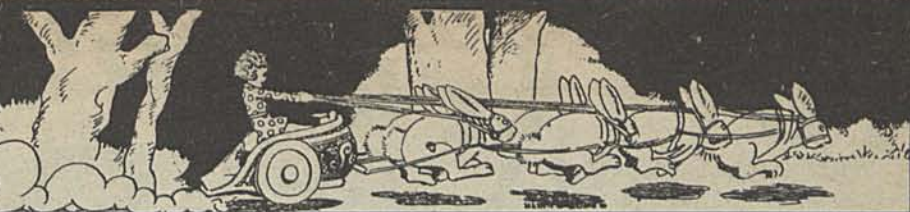
John y los suyos se pararon después de una
carrera de cuatrocientos pasos, y volvieron a
disparar contra los indios. Aunque *Nube Roja*
hacía también fuego, era muy difícil decir si sus
balas se dirigían contra los indios o contra los
desesperados defensores de los últimos carros.

Los gritos de las mujeres, que eran conduci-
das a través de la pradera, y los de los últimos
squatters estaban ya para extinguirse, cuando
una banda de cuarenta *pieles rojas* lo menos,
guiados por un jefe que se pavoneaba bajo su
extraño y pintoresco trofeo, se separó de los

(Continuará en el próximo número).

ANITA

BUEN-CORAZON



Los naufragos del Canadá

por E. Salgarí

(Continuación)

—¿Quién es el que ha encendido los fuegos?—le grité.

—Mis compañeros para ahumar el bacalao que han pescado hoy.

—Pues esos fuegos son los que nos han hecho perdernos pues nos parecieron que eran faros.

El viejo fingió hacer un gesto de estupor.

—En estas costas no hay faros—me respondió después—. Si el capitán hubiera sido práctico en estos parajes debía saberlo. ¿Está usted herido?

—No, pero me gustaría calentarme un poco en el fuego—respondí—pues estoy aterido de frío.

—Véngase conmigo a mi cabaña y allí hallará fuego y algo para reparar las fuerzas.

¿Era aquel hombre un *naufragador* o un pobre pescador? ¿Estaría equivocado, pues, nuestro capitán?

Estaba medio desnudo, contuso y con el vientre ahito de agua; no obstante seguí al viejo espiando todos sus movimientos. No soltaba para nada mi cuchillo y estaba preparado para hundirselo en el pecho a la menor señal de traición.

Después de hacerme saltar por algunas rocas y pasar por senderos accesibles sólo a las cabras me hizo entrar en una mezquina casucha donde ardía un alegre fuego. Tomó una silla de tijera y me la ofreció: después me puso delante un trozo de galleta y un vaso de *wiskey*, diciéndome:

—Calíntese y coma sin temor. Yo mientras tanto me dirigiré otra vez a la playa para ver si logro salvar otro *náufrago*.

Apenas salió, cuando al echar yo una mirada en torno a la habitación vi escrito en la pared un nombre:

¡Harry Noel!

Me levanté sobresaltado. Harry Noel era el nombre de mi amigo.

Un rayo de luz se hizo de pronto en mi cerebro: el padre de Noel era en verdad un *naufragador*.

Una angustia terrible hizo entonces presa en mí.

¿Y si el padre se había encontrado con su hijo?

Sin cuidar del frío que entumecía mis miembros me dirigí a un rincón donde había visto un grueso capote y en seguida salí fuera cubriéndome con él como mejor pude.

La noche era oscura, no obstante desde lo alto de las rocas, sobre la cual estaba la cabaña, pude divisar algunas luces errantes que andaban de un lado a otro de la playa.

¿Eran los *naufragadores* ocupados en recoger





los despojos de nuestro buque o eran pobres pescadores que hacían cuanto podían por salvar a aquellos pobres náufragos arrojados a aquellas orillas por las olas?

No, no debían ser pescadores: ya estaba yo bien seguro de ello. La obscuridad era densa y persistía aún la niebla, pero podía guiarme por las luces.

Me arriesgué a ir por entre aquellos senderos donde corría el peligro de precipitarme a cada instante en un barranco donde me mataría o rompería una pierna, y al fin llegué a la punta de una gran roca cortada a pico sobre el mar. Comenzaba entonces a rayar el alba y unas ráfagas de viento habían aclarado algo la niebla. A doscientos pasos de la orilla se veía nuestro pobre barco encallado en las rocas. ¡A qué situación tan deplorable le habían reducido las olas y el choque! Todos los palos habían caído sobre cubierta en donde había un montón informe de velas, cordajes, palos, etc... y el castillo había sido destruido por completo.

Por un agujero inmenso de la proa salían los carriles de hierro empujados furiosamente por el embate de las olas que tumultuosamente atravesaban la bodega de parte a parte.

Trozos de palos, de gavias, penoles, cajas, barriles y muebles danzaban desordenadamente sobre el oleaje.

En la playa diez o doce hombres cubiertos de pieles y armados de arpones se ocupaban en extraer del agua cuantos objetos podían del naufragio.

Gritaban y gesticulaban como si fueran hienas junto a la presa. Se complacían en aquella catástrofe provocada por las malditas fogatas encendidas adrede para engañar a nuestro capitán.

De pronto, mientras estaba absorto contemplando a aquel atroz espectáculo oí a uno de aquellos hombres que gritaba:

—¡Mira, allí hay un náufrago agazapado en la punta de aquel escollo!

—¿Está vivo todavía?
—preguntó otro.

—Le veo moverse aún.

—Un buen golpe con el garfio y al agua con él.

—Dejadme a ese por mi

cuenta, muchacho—dijo otra voz que al oírlo me heló la sangre.

La había reconocido: era la del viejo que me había guiado hasta su cabaña.

Le vi que aparecía tras una roca, teniendo en su diestra un garfio y en la izquierda un hacha, y que se dirigía hacia el escollo metiéndose en el agua hasta las rodillas.

—¡Detente!—grité con toda la fuerza de mis pulmones.

El rugido del mar embravecido debió hacer vana mi voz o quizá yo me encontraba demasiado alto para que los hombres aquellos me oyeran.

De improviso vi al siniestro viejo que saltaba hacia adelante como una fiera, que alzaba en alto el hacha y la dejaba caer rápidamente contra el náufrago que luchaba por sostenerse en la punta del escollo.

Casi de repente oí un grito desgarrador, terrible, pero no lo había lanzado el pobre marinero, que al fin cayó en el mar con el cráneo destrozado.

Lo había lanzado el viejo *naufregador*.

Le vi que retrocedía arrancándose mechones de cabellos y gritando con voz desgarradora.

—¡Harry! ¡Harry Noel! ¡Hijo mío! ¡He matado a mi hijo!

Después echó a correr y se precipitó en el mar desapareciendo entre las ondas.

.....
A la mañana siguiente se hallaron dos cadáveres en la playa: el de Noel y el de su padre!

FIN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

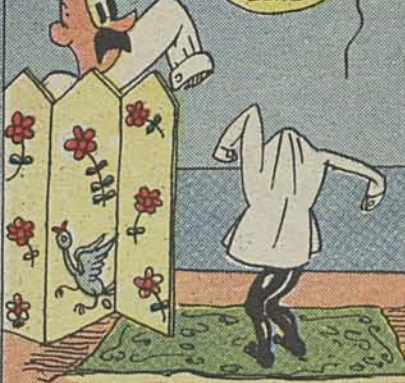


COMPADÉCETE DE MÍ DESGRACIA, CURRINCHE. DE LOS CUATRO PELOS QUE TENÍA SE ME HA CAIDO UNO

COMO QUE SE LE ESTÁ QUEJANDO LA CABEZA, QUE PARECE UNA CEBOLLA



UN SERVIDOR SABE UNA RECETA QUE HACE CRECER EL PELO EN UNA HORA Y DIECISIÉS MINUTOS; PERO NO SE LA CONTARÉ SI NO ME CONVIDA A ARROZ CON LECHE



¡CURRINCHÍN DE MI VIDA! AHORA MISMO VOY A TELEGRAFIAR PARA QUE SIGUEN TODO EL ARROZ DE CHINA Y PARA QUE ORDENEN TODAS LAS VACAS DE SUIZA

¡¡DULCÍSIMO ARROZ CON LECHE!!



VERÁ USTED, CON ESTA RECETA VA A ECHAR UNA MATTA DE PELO QUE VA USTED A PARECER UNA ODALISCA



Despáchese:
Raíz de lirio joven... 1 gr.
Pétalo de margarita triste... 5 grs
Esencia de violeta convaleciente... 100 Kgs
Lágrimas de cri-
santema... 0'65 pti
merced...
odol...
Currinche
leeeeee



AFLOJE CATORCE REALITOS QUE VOY A LA BOTICA VOLANDO

OYE MORENO; ME PARECE UN POQUITO CARO

¿PERO USTED SABE LO BAJISIMA QUE ESTÁ LA PESTATA?



ES UNA PENA LO ABANDONADA QUE TIENE ESTA HERMOSA CABEZA. AHORA QUE ESTÁ USTED EN LA PRIMAVERA DE LA VIDA

¡APOCADILLO QUE ES UNO!



MAÑANA VERÁ USTED QUE SORPRENDETE DESPERTAR

OYE, CURRINCHINÍN, ESO DE LA PRIMAVERA LO HAS DICHO EN SERIO ¿VERDAD?

¡QUE ME QUEDE BIZCO SI NO ES VERDAD!



¡AY PRIMAVERITA COMO ME HAS PUESTO!



Gabillo



COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

EL CEMENTERIO DE ALDEA



NO de los jueces más distinguidos de París era el señor de Vandermont, persona en quien se unían una ilustración no común y una rectitud de conciencia que le había granjeado la simpatía de todos sus compañeros de carrera.

De su matrimonio con una santa mujer tuvo una hija, que a las gracias de su madre agregaba el talento privilegiado de su padre.

Cuando Nisa, que éste era el nombre de la niña, tuvo quince años, fué a pasar una temporada a Dijón, a casa de un tío suyo, donde, para desgracia de la joven, se reunían todas las noches varios señores de la localidad, los cuales se entregaban a filosóficas discusiones, siendo, por lo general, el tema preferente el intrincado problema de la inmortalidad del alma.

Estas controversias impresionaban vivamente el inexperto corazón de Nisa, la cual acabó por viciar su ánimo con la lectura de peligrosos libros que indistintamente cogía en la biblioteca de su tío.

Cuando Nisa volyó a la casa paterna, el señor de Vandermont advirtió con desagrado el cambio que en su hija se había operado; pero nada la quiso decir hasta más adelante.

Cierto día salieron padre e hija de paseo a uno de los pueblecitos inmediatos; y como el señor de Vandermont hiciera recaer hábilmente la conversación sobre la necesidad que tenemos de ser buenos para conseguir la Gloria, Nisa, después de dudas y vacilaciones, declaró a su padre que todo era mortal, y que, por consiguiente, éramos bien tontos al imponernos privaciones en esta vida, con la esperanza de una recompensa eterna, pura fantasía.

El señor de Vandermont guardó largo rato un triste silencio, y luego empezó a narrar a su extraviada hija diversos hechos confirmados por la Historia, y por los cuales se veía bien a las claras lo erróneo de su funesta manera de pensar.

El digno juez terminó diciendo a su hija:

—¿Crees, acaso, que si algún día puedes decir: *mi padre fué un hombre honrado y me enorgullezco de ser hija suya*, no habrían de repercutir estas palabras en el fondo de mi sepulcro y aun más allá? Luego hay algo en nosotros que resiste a la

Muerte. Discurriendo iban en esta forma, cuando llegaron al cementerio del pueblo, y ambos quedaron sorprendidos de lo bien arreglado que estaba todo en él.

Adornaba la entrada un bajorrelieve de mármol negro en el que estaba grabada la figura del Tiempo bajo la forma de un viejo provisto de una guadaña, y en la parte superior de la puerta se leía la siguiente inscripción: «Aquí acaba el placer de los injustos y comienza la gloria de los justos.»

El señor de Vandermont, a quien impresionó vivamente el encontrar en medio de una aldea un sitio de reposo tan bien

cuidado, preguntó a un campesino, que a la sazón pasaba por su lado, quién era el encargado de aquel cementerio.

El aldeano replicó:

—De este cementerio está encargado el señor Claris, quien desea perpetuar la grata memoria que dejó en el mundo su única hija Stela.

Esta noticia excitó aún más la curiosidad de nuestros amigos, y quisieron ver por dentro el cementerio. Solicitaron al efecto permiso, y poco después eran recibidos por el mismo señor Claris, quien les saludó diciendo:

—Sed bien venidos a este apacible recinto, donde eternamente descansan las sombras de los que fueron.

—Soy un dichoso padre—respondió el señor de Vandermont—, que aun duda y se presenta con su hija a usted.

—También yo fui padre feliz—dijo el señor Claris—; vean ustedes lo que ahora queda de mi amada hija Stela.

Y diciendo esto les señalaba una tumba de mármol blanco cercada por una doble hilera de rosales en flor. En la lápida se leía este sencillo epitafio:

HIC

UNA EX NOSTRIS

Decidit.

«Una de nosotras cayó aquí»

DESCANSE EN PAZ

—Junto a esta querida tumba vengo a descansar todos los días—continuó diciendo el señor Claris—; y cuando en el Cielo brilla el lucero de la noche, me parece ver a Stela que, amable, me sonríe y hacia mí dirige sus brazos. Pero ¿a qué





contarles mis penas? Vengan y continuemos viendo todo lo que este asilo encierra.

El señor de Vandermont cogió un ramito de ciprés y lo depositó sobre la tumba de Stela; Nisa, conmovida, hizo lo propio con una rosa blanca.

Se retiraron silenciosos, y el señor Claris les condujo a un bosque en cuyo centro se elevaba una pequeña choza, que contenía todos los aperos de labranza; sobre la reja de un arado se leían estas palabras:

«Desmontó por sí solo doscientas yugadas de tierra. Descansen en paz.»

—Esta es la tumba—dijo el señor Claris—de mi antiguo arrendatario, a quien estoy muy agradecido por los innumerables servicios que me prestó. Aquí—dijo señalando otra tumba sobre la que se elevaban los laureles—descansan dos hermanos gemelos que murieron juntos peleando por su patria. He grabado yo mismo lo que ustedes ven:

«Habiendo nacido juntos, ambos murieron igualmente. El Señor les tenga en su Gloria.»

—¿De quién es esa tumba sobre la cual hay un ramillete de flores frescas?—preguntó Nisa.

—Es la última morada—dijo el señor de Claris—de una virtuosísima mujer de esta aldea que no habiendo tenido hijos en su matrimonio, se dedicó a proteger a los niños huérfanos. Ved la inscripción que ha puesto una sobrina suya:

«No fué nunca madre y dejó, sin embargo, hijos que la lloran. R. I. P.»

—¡Qué tumba más triste estoy viendo!—exclamó el señor de Vandermont—; está borrado el epitafio y a su alrededor sólo crecen espinas y cardos. ¿Por qué tanto abandono?

—¿Quién está aquí enterrado? ¿No tiene acaso familia?—preguntó Nisa.

—Sí que la tiene—respondió el señor de Claris—; pero no les extrañe a ustedes el abandono que en esta tumba se observa,

pues sólo es una triste consecuencia del malísimo recuerdo que quien la ocupa dejó en vida. Aquí yacen los restos de la poderosísima condesa de Meriadec, que en este mundo hizo todo el mal que pudo a su familia. A su muerte, nadie se ha acordado mas que de repartirse la herencia que dejó. Pero no se fije usted más en este desolado lugar que la entristece, y mire, en cambio, aquí a

la derecha, esta preciosa tumba donde descansan tranquilamente los restos mortales de la que fué en vida una cariñosísima esposa y madre de familia. Sus pequeños hijos vienen todos los días a rezar por ella, y largo rato permanecen haciéndola compañía. Precisamente se acercan ahora; escondámonos detrás de este sauce, y así podremos observarles sin ser vistos.

Los dos respetables señores y Nisa se ocultaron, en efecto, detrás del árbol, y desde allí vieron el espectáculo más tierno que darse puede.

Seis niños de corta edad se acercaron hasta la tumba mencionada, y, después de rezar largo tiempo con un fervor edificante, empezaron a contar a su difunta madre todo lo que durante el día habían hecho.

¿Les contestaría su madre? ¡Quién sabe! a veces los ángeles suelen ver y oír lo que se escapa a los demás mortales.

Cuando se fueron los niños, salieron de su escondite nuestros amigos, y, después de dar gracias al señor de Claris por su amabilidad, Nisa y su padre se apartaron

del cementerio, tiernamente conmovidos.

Largo tiempo caminaron silenciosos padre e hija; por fin, ésta, dando un suspiro, exclamó:

—¡Qué insensata he sido, Dios mío! Ciertamente es que en nosotros hay algo más que materia, y ese algo no es otra cosa que nuestra alma inmortal, la cual ha de recibir en la otra vida el premio o el castigo a que por sus acciones se hizo acreedora.

Al oír esto, dijo el señor de Vandermont:

—Bendito sea mil veces Dios, que ha hecho, hija mía, que tu corazón vuelva a la senda del bien; no olvides nunca que, aun cuando el cuerpo muere, nuestra alma se conserva eternamente.

Y padre e hija se confundieron en un abrazo cariñoso.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué quieres que hablemos hoy, mi curioso Chononcito?

—De lo que a ti te parezca mejor, sabio buho.

—A mí ya sabes que todos los temas me parecen bien. Escógelo tú. Tienes donde hacer la elección. La tierra, el cielo, el mar...

—El mar me encanta. Háblame de cosas del mar. De algo que tenga relación con esos furiosos temporales del mar. Tan trágicos como son por sus consecuencias y tan inmensamente bellos como son por su espectáculo. ¿No te gusta a ti ver uno de esos temporales que levantan gigantescas olas?

—Muchísimo. ¡Si tú supieras cuantas noches de luna he pasado sobre la cresta de un peñasco viendo brillar la espuma de plata en que se deshacían las olas al chocar contra los acantilados!

—A mí el mar me proporciona sensaciones de emoción incomparable. Siempre que lo he admirado, y ha sido muchísimas veces, me ha ofrecido espectáculos nuevos. ¡Qué lástima que detrás de tanta belleza se oculte traidoramente la desgracia insaciable! ¡Esa desgracia que envuelta en las gigantescas volutas de las olas se traga entre la majestuosidad de cascadas de espuma vidas y más vidas de infelices marinos!

—Tienes razón, Chononcito. Pero en todos los grandes fenómenos de la Naturaleza, o en casi todos, ocurre lo mismo. Ensombrece su grandeza el fantasma de la Muerte. ¿No es inmensa la belleza de un volcán?

—No he visto ninguno, pero debe de ser algo grandioso.

—Y sin embargo ¡cuántas víctimas han ocasionado!

—Inmensidad de ellas.

—¿No es grandioso el espectáculo de una gran tormenta?

—Te diré. A mí me hacen muy poquísima gracia. Prefiero los días de sol.

—Pero es porque el temor que te inspiran no te deja saborear toda la magnificencia del espectáculo. Si no cayesen nunca rayos a la tierra ¿verdad que te gustaría subir a la azotea o salir al campo a gozar de la belleza del fenómeno?

—Entonces sí. Me gustaría las tormentas.

—¿Crees que no es también delicioso contemplar una aurora boreal?

—No lo sé. Pero a juzgar por las estampas que la reproducen debe de ser un espectáculo de sin igual belleza. ¿Son peligrosas las auroras boreales?

—Casi siempre lo son, porque como es un fenómeno de magnetismo se desprenden de ellas abundantes chispas eléctricas.

—No olvides, querido buho que el tema de nuestra charla de hoy es el mar.

—Tienes razón. Nos habíamos alejado de nuestro tema. Hablemos del mar. ¿Sabes a qué región del océano se la llama la región maldita, a causa del gran número de naufragios que ocurren en ella?

—No lo sé. Pero lo voy a saber en seguida porque tú me vas a decir cuál es.

—Las costas de Cornwall en Inglaterra no solo se las llama costas malditas sino también el cementerio del océano.

—Por algo será.

—Por su historia tristemente célebre para todo el que se interese por conocer la vida del marinero. Al sudoeste de Inglaterra se interna en el mar una larga lengua de peñascos, moles graníticas que tienden a unir la Mancha con el Canal de Bristol. En estas costas sembradas de escollos, arrecifes y bancos invisibles de rocas, se han destrozado miles de barcos y no pasa, desde luego, un mes, sin que en aquellos parajes se registren uno o varios siniestros marítimos.

—¿Y por qué no van los barcos por otra ruta menos peligrosa?

—Porque este paso es obligado para muchísimos barcos, sobre todo para los que van y vienen entre Europa y América. Además no cabe previsión alguna contra los temporales porque en esta zona del atlántico suelen presentarse con una violencia y rapidez inusitadas y así se da el caso de que de una mar encalmada se pasa en muy pocas horas a un temporal deshecho. En esta región de las costas de Cornouailles concurren circunstancias muy desfavorables para la navegación. Está azotada por vientos violentos y frecuentes procedentes del oeste. Sus aguas están llenas de escollos y arrecifes, muchos de ellos extraordinariamente peligrosos, pues al subir la marea quedan ocultos bajo la superficie de las aguas.

—¿Y no existen faros o boyas indicadores de tanto peligro?

—Abundan las señales, pero más aún los riesgos, y, por otra parte, la niebla es frecuentísima haciendo invisibles los avisos del peligro.

—En lo más avanzado del cabo Land's En 1 que da entrada a esta funesta región existe un faro de primera clase cuyos destellos se esparcen a muchas millas. En este faro las olas han llegado a alcanzar una altura de veinte metros.

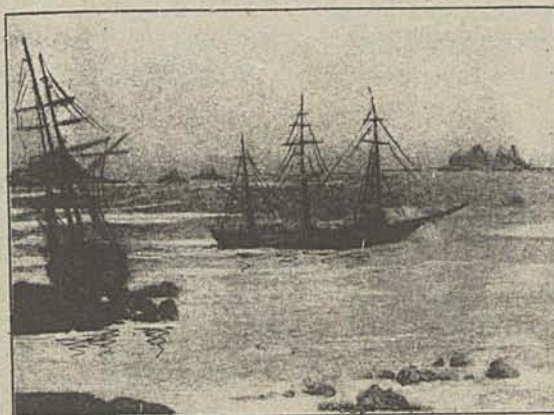
—¿No me exageras nada, amigo buho?

—Tal vez me quede corto, querido Chonón. El faro mide esta altura desde el nivel del mar y cuando se desencadenan furiosos temporales las olas lo cubren por completo. Me parece que hay para pensar en que la medida de la altura es todavía mayor ¿no te parece?

—Exacto.

—En estas trágicas costas existen además abundantes estaciones de salvamento que a cada instante de peligro ponen en juego todos sus medios para arrancar víctimas al mar, pero no siempre es esto posible pues muchas veces, desgraciadamente la mayoría, es tal el estado de violencia del mar que ni siquiera puede intentarse la maniobra de salvamento. Comprenderás con todo esto que los tales parajes merezcan la siniestra reputación de ser el cementerio del atlántico septentrional.

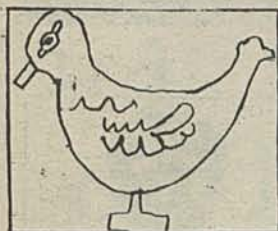
—Triste es reconocerlo, pero así es.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi paloma.—María Luisa C.



La china florera
Carmen Allí



Mi hermana Laura
Victor Andresco



Un indio
Antonio Bernardo



Artista
Carmen Allí



El jefe de estación
de Tokio
Emilio Fernández



Ching-Chang
Julian Orcazarán



Un bebé. Luis Cámara



Dos amigas
Enrique Arias



Charlot
Carmencita Gutiérrez



Tío Bún
I. Orcazarán



Atila.—José J. Díaz



Mi vecina.—Pura Cruz



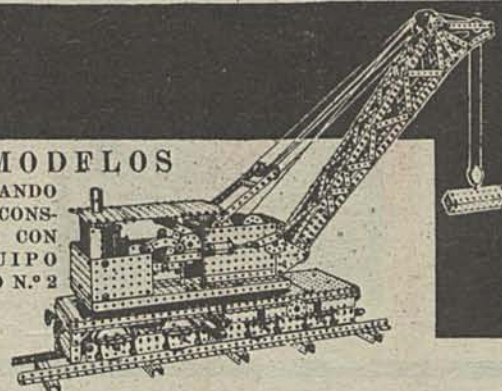
Pinocho por todo el mundo
A. N. Morante



Mi casa
Macías Ceballos

612 MODELOS

FUNCIONANDO
TODOS, CONS-
TRUIDOS CON
UN EQUIPO
MECCANO N.º 2



¿Quién pudiera tener tantos juguetes como el Mecaninfo? Es un verdadero ingeniero, su cuarto de recreo es un taller de ingeniería. Cuando desea una Carretila, Grúa, Puente, Auto o Locomotora, las construye con las Tiras, Poleas, Viguetas y demás piezas contenidas en su Equipo Meccano. Cercioraos de que le obsequiáis con un verdadero Equipo Meccano en estas próximas fiestas.

GRATUITAMENTE A LOS JÓVENES
Este librito contiene una profusión de ilustraciones de las espléndidas construcciones de ingeniería que pueden montarse con Meccano. Escriba hoy mismo a nuestro representante, quien tendrá sumo gusto en mandarle gratuitamente este precioso librito, con tal que le envíe las señas de tres de sus camaradas.

MECCANO

Insisten que el Equipo lleve la marca MECCANO
Agente para España y Portugal:
JOSÉ PALOUZIE SERRA (Sección 15)
Industria, 226.—BARCELONA
Fabricantes: MECCANO LTD. Liverpool - Inglaterra



Un bergantín.—J. A. C. E.



Un velero.—Manuel Fuentes



Mi casita de campo
Carlos de Sena



VIDA PINOCHISTA

Al cumplirse el quinto aniversario de la fundación del Club Pinocho, de Buenos Aires, nos honramos en publicar estas fotografías como homenaje a aquel Club que tan alto sabe poner por tierras americanas el nombre de Pinocho.

Y al par que les felicitamos les enviamos un cordialísimo saludo.

¡Siempre adelante pinochistas del Plata!

¡La victoria es vuestra!



AMELIA GÓMEZ.—El retrato de tu hermanito Carlines es algo formidable. Está lo que se dice hablando. Sólo le faltan unos chorretoncillos de chocolate en el babero para que tenga toda la naturalidad del original. Se publicará en cuanto le llegue su turno. Tuyo incondicional.

ALECIA M. MUÑOZ.—Me admiran tus dibujos. El castillo que últimamente me has enviado es un trabajo acabadísimo, que muestra tus exquisitas facultades para el arte de Goya. No dejes de enviarme cosas, simpática Alecia, pero sin perjudicar a tus estudios. Esto sobre todo. Tuyo siempre.

RAMIRO GARCÍA.—Si tus preciosos dibujos no han aparecido aún no lo atribuyas a otra cosa que al exceso de original que tengo amontonado esperando turno. Me han gustado todos tus trabajos, muchísimo y, desde luego, se publicarán. Abrazos de tu gran amigo.

JOSÉ J. DÍAZ.—Cada dibujo que me mandas señala un nuevo grado en la escala de tu incesante avance. Dibujas como un maestro, querido Pepito. Mi enhorabuena y muchos abrazos.

ESCUELA NACIONAL DE BIMENES.—Podéis enviarme cuantos dibujos gustéis, acompañados claro está de su respectivo cupón, y no dudéis que tendré una inmensa satisfacción en publicarlos en mi revista. El tamaño el que mejor os parezca, y la tinta, con tal de que sea negra, cualquiera es buena. ¡A trabajar, muchachos! Vuestro

Pinocho

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE NOVIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

DIBUJO CON ERRORES



Acabamos de recibir el dibujo que aquí veis y en el momento de ir a salir el número nos damos cuenta de que el autor se ha equivocado al dibujarlo una barbaridad de veces.

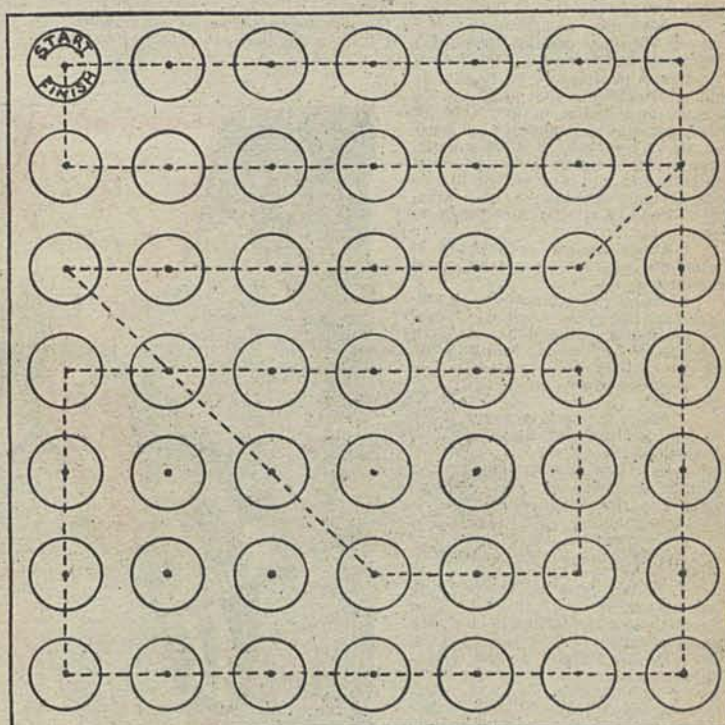
En la imposibilidad de poder dar otro dibujo damos el que veis.

Pero ya estáis avisados.

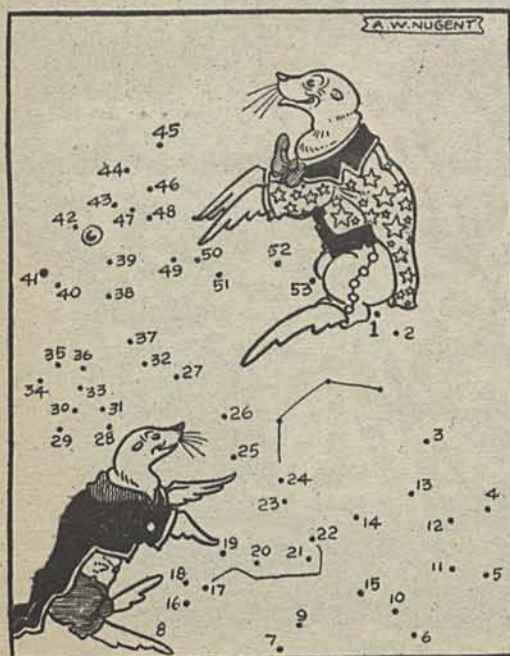
Ya sabéis que tiene mucho errores.

A ver si vosotros, pinochistas sublimes, podéis averiguar cuántos son estos errores y cuáles son.

EL PASATIEMPO INGLÉS



LAS FOCAS SONRIENTES



¿De qué se reirán estas dos focas?

Los números pueden daros la clave del misterio.

Os presentamos hoy un pasatiempo inglés.

Como veis se trata de un cuadrado hecho con círculos.

Contemplando el dibujo podréis observar que todos los círculos, menos cinco están atravesados por las doce líneas de puntos que veréis también dibujados.

Pues bien, ahora se trata de, con el mismo número de líneas atravesar todos los círculos.

A ver si podéis averiguar como hay que trazar estas líneas.

Esto seguro de que lo conseguiréis porque en empresas muchísimo más difíciles habéis demostrado vuestra pericia.

Que una vez más quede patente vuestra competencia y sin más por hoy queda vuestro afectísimo seguro servidor, Pinocho.

SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

Blanca-Luz, la taza de la bruja y el gato Zipzape (FIN)



taza de la bruja Kapocha; es de un país que yo conozco, donde tengo amigos y familia y que se llama la China.

—¡Pronto, pronto!—gritó Blanca-Luz—que partan cuarenta soldados y otros tantos criados a la China y me traigan de allí, dentro de tres días una taza como esta.

—Pero hija mía—exclamó el duque Doratilio—la China está muy lejos, y como todavía no se han inventado ni los aeroplanos, ni siquiera los ferrocarriles, hay que tardar por lo menos un año en ir y volver.

—¡Un año! ¡Y dentro de tres días me matan a mi gato! ¡Estoy perdida!

Y la infortunada duquesita estuvo a punto de desmayarse. Pero la golondrina tornó a piar, quiero decir a hablar:

—Esta porcelana—dijo—podría hacerse aquí, pero para ello se necesita un material llamado caolina, un horno muy fuerte, un pintor muy hábil y un buen alfarero.

—Y eso ¿dónde se encuentra?—preguntó Blanca-Luz anhelante.

Pero en aquel momento sintió un ligero cosquilleo en un pie; era un señorito muy chiquirritín, todo vestido de negro:

—Soy—dijo—el príncipe Hormiga; mis súbditos agradecidos por el cuidado con que pisas para no aplastarlos, te traerán caolina, pues conocen todas las clases de tierra ya que en ella viven.

Lanzó un silbido y en el acto, de todos los extremos del jardín, se vio acudir una legión innumerable de hormigas, que se pusieron a las órdenes de su príncipe. Al día siguiente, reaparecieron todas; cada una llevaba entre sus patitas un granito blanco que depositó ante los pies de la niña.

—Pero ¿y el alfarero?—preguntó Blanca-Luz.

—Ahora vendrá—contestó el principito negro—es mi amigo el marqués de Ardilla.

El marqués llegó vestido con amplia capa de piel, color de fuego; fabricó con la caolina una pasta flexible y suave y le dio la forma exacta de la taza de la bruja.

—¿Y el horno?—preguntó Blanca-Luz.

—Ahora lo traerá en seguida, mi vecina, la baronesa Salamandra—contestó el marqués.

—Pero esta taza será blanca y no pintada de colorines como la de la vieja Kapocha—exclamó Blanca-Luz muy compungida.

—De *decolata* me encalga yo—dijo una vocecita que pareció el sonido de un cascabel de cristal.

Y la duquesita vio acercarse un hombre menudito y amarillito; de ojitos rajados. Le acompañaba la golondrina que explicó:

—Es un antiguo amigo mío a quien conocí en la China, donde era pintor de porcelana; me lo he encontrado aquí vendiendo collares de perlas en una esquina y lo he traído para que pinte la taza.

—Sólo *quitelo*—dijo el chinito—de los cabellos de *olo* de la duquesa, un hilo de seda y un palito.

Con estos elementos, fabricó un finísimo pincel; luego, sacó de su bolsillo unos tarritos de pintura y se puso al trabajo. Cuando llegó la baronesa de Salamandra con su horno, la taza ya estaba decorada con los mismos dibujos y colores que la taza rota.

Apenas estuvo cocida, Blanca-Luz se apoderó de ella con tal impaciencia que poco faltó para que la hiciese añicos también, y, triunfalmente se la llevó a la bruja.

La horrible Kapocha quedó asombrada.

—Está bien—dijo—la taza es igual; pero hace cinco minutos que ha transcurrido el plazo de tres días. Sin embargo, como mi palabra es sagrada,

da, te devuelvo tu gato; aquí lo tienes. Y con una risa cruel, arrojó a los pies de la duquesita... el cadáver del pobre Zipzape.

Blanca-Luz creyó morir de pena y pasó ocho días y ocho noches sin cesar de llorar; otra se hubiera vuelto feísima, pero ella, con la naricita colorada y los ojos hinchados, estaba más bonita que nunca. Al fin, tuvo una idea que la sereno algo.

—Ya que no le puedo tener vivo—pensó—le guardaré muerto toda mi vida.

Mandó llamar a un famoso embalsamador y le encargó que embalsamara el cuerpo del gatito. Y he aquí que en el instante en que aquel personaje clavaba su estilete en la piel del gato, esta piel negra y brillante cual el azabache, suave y sedosa cual el terciopelo, se abrió sola y de ella surgió un hermoso príncipe que tenía la cabellera tan negra como el pelo de Zipzape y los ojos tan verdes y profundos como los suyos.

Cumpliendo con su misión de príncipe desencantado, y encantador, el joven puso rodilla en tierra ante la duquesita y la dijo:

—Me has salvado, Blanca-Luz, y tu amor me ha librado de un encantamiento cruel, pues una bruja llamada Garabato y hermana, por cierto, de la horrible Kapocha, ofendida un día por una broma mía, me convirtió en gato y me condenó a permanecer bajo esta forma «hasta que alguien me arrancara el pellejo, por cariño». Soy hijo de rey y desde el día en que me recogiste, estoy enamorado de ti. Me has querido por gato. ¿Me quieres también por marido?

Se casaron y reinaron largos años y la reina Blanca-Luz fue muy feliz queriendo a su esposo aun mucho más que cuando era gato negro y se llamaba Zipzape.

Para recompensar a la golondrina, al príncipe Hormiga, al marqués Ardilla y a la baronesa Salamandra, por los favores que la habían prestado, regaló todos los años: a la primera, un saco de granos de trigo; al segundo, un carro de miguitas de pan; al tercero, seis kilos de azúcar y de nueces; y a la cuarta, una tonelada de carbón.

En cuanto al chinito que decoró la taza, le compró todos sus collares y le pagó por ellos un número de *peletas* que le permitieron volver a su país y comprarse una preciosa casita de papel.

